



Pere

Cervantes La espía  
de cristal



DESTINO

# La espía de cristal

Pere  
Cervantes

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1578

© Pere Cervantes, 2022

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary & Film Agency, Barcelona, España.

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: junio de 2022

ISBN: 978-84-233-6169-4

Depósito legal: B. 7.484-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Raçak (Kosovo), 16 de enero de 1999

La joven de los ojos almendrados revivirá todo lo ocurrido con minuciosa precisión. El instante en el que se derramaron las primeras luces sobre un manto blanco estriado por la sangre. Las delgadas capas de hielo crujiendo bajo sus pies descalzos, de un azul indeciso. La cadencia errante de su caminar entre aquellos cuerpos inertes esparcidos por la colina, congelados en esa mueca extraña y definitiva que solo esbozan quienes han perdido la vida a traición. El cálido hilo carmesí que le recorría la entrepierna y ese molesto zumbido en el oído izquierdo que terminará produciéndole una sordera leve incurable. El momento atroz en el que descubrió el desenfocado rostro de su padre sobre la cuneta, con los labios apergaminados y un orificio chamuscado en el centro de una frente curtida por la intemperie. Recordará también la inefable inercia que la llevó a seguir caminando sin rumbo, confusa y sola, cegada por el brillo de la nieve, sosteniendo con las uñas rotas una cartilla de identidad serbia. La acreditación se le había caído al más alto de los tres paramilitares cuando, en la penumbra de un pajar, se había apresurado a bajarse los pantalones de campaña. Cada

vez que la joven rememore lo sucedido las escenas se solaparán sin un orden concreto. Desde el instante en que el fogonazo de una linterna cegó su mirada espantada en la habitación que la había visto crecer hasta el momento en el que uno de ellos, atenazándola de un brazo, la había obligado a caminar casi desnuda bajo el reflejo pálido de una luna esmirriada.

Aquella madrugada de enero que siempre la acompañará vio levantarse de entre los muertos a un vecino que se ganaba la vida vendiendo leña y cigarrillos de importación. El hombre había salvado el pellejo fingiendo ser otro muerto más, conteniendo el llanto y la respiración a pesar de haber presenciado cómo ejecutaban de un tiro por la espalda a su único hijo, de diez años, mientras trataba de huir. El hombre deslizó la mirada por los ojos vidriosos de Taibe Shala y descendió hasta su pecho herido, que le asomaba por una tela grisácea hecha jirones, comprendiendo al instante la suerte que la joven había corrido. Luego comenzó a caminar. Ella observó la figura cada vez más encogida de su vecino mientras este se alejaba bajo inofensivos copos de nieve. Fue al dejar de percibir sus pisadas, en ese monte de cadáveres diseminados sobre la nieve sucia y derretida, cuando al fin Taibe sintió un frío desgarrador. El nacimiento del día había absorbido la presencia de los culpables de aquel quebranto. También el tono helado que adquieren las montañas cuando la indecisa madrugada se evapora. Taibe Shala posó la mirada en un cielo lechoso con la inédita sensación de tener un cepo en el corazón. Solo entonces, desvalida y en el silencio de un bosque interminable, acudió a ella una certeza: la herida que acababan de infligirle era de las que con el paso del tiempo todavía se abre más.

# I

Día 1

Manu Pancorbo levanta el vaso vacío y reclama la atención de Cándido. Son las dos únicas almas en el establecimiento y están a punto de alcanzar la medianoche. El propietario de ese bar de segunda, próximo a la plaza España, conoce al periodista desde hace cinco años, y aun así no logra recordar la última vez que ese cincuentón de pelo cano, largo y ensortijado se ha mostrado tan callado. Cándido le sirve una generosa segunda ronda de bourbon y empuja el vaso hacia él sin apenas haber cruzado un par de palabras. El periodista, ajeno al vocerío que emite la televisión —comentan los altercados en Cataluña durante ese mes de octubre tras la sentencia del Procés—, acude de manera intermitente a la pequeña pantalla de su móvil. Cándido, de maneras tranquilas y cuerpo pesado, suspira resignado al consultar el reloj y ver como Panco, el nombre con el que todo el mundo conoce a su cliente, no parece tener ninguna prisa por terminar la consumición. Es la tercera vez, esta noche, que Panco lee ese correo electrónico escrito en inglés y firmado por Ringo Starr. Si fuera menos contenido gritaría por lo que ha conseguido. En cambio, por paradójico que pudiera resul-

tar, son esos momentos de alegría los que conectan con su tristeza más profunda. Después de que, esa misma tarde, Laia, su hija adolescente, haya desechado la posibilidad de pasar juntos el fin de semana, el sistema inmune-afectivo de Panco ha caído en picado. Desde hace unos meses ha adoptado el hábito insano de contar los minutos que habla con su pequeña de lunes a domingo. Y aunque hoy es viernes y todavía no es día de recuento, le reconcome la curiosidad. Hace desaparecer de la pantalla del móvil el anhelado mensaje del batería de los Beatles y constata que ha hablado con Laia cuatro minutos y veinte segundos. Pensar en ello desencadena un instante de tristeza que se desvanece al ingerir el líquido ambarino de Tennessee. El calor de esa mezcla de maíz, malta y centeno en la garganta logra que evoque tiempos antiguos en lugares inhóspitos y arrasados donde no había suficiente madera para los ataúdes, donde la naturaleza humana le desveló su verdadera esencia. Con otra gente. Con la tribu. Con todo aquello que ha amado y perdido pero no olvidado. Sin embargo, ahora prefiere no pisar esos lodos que terminaron con su matrimonio. Las próximas Navidades hará cinco años que se separó de Sonia Sierra, que sigue trabajando en la sección de cultura de *La Vanguardia*. Lo abandonó hastiada de que la quisiera con desgana. «Todos los reporteros de guerra huyen de algo», le había advertido a su exmujer una compañera de trabajo. Sonia no alcanzaba a comprender de qué huía el hombre con el que se acostaba cuando él no huía a cualquier remoto país, el padre de su hija, el ausente compañero de viaje que siempre terminaba viajando sin ella. El hombre al que le dolía la casa.

El sonido de una ambulancia lejana saca a Panco de sus cavilaciones. Levanta la cabeza y ve a Cándido

apoyado con los codos sobre la barra, boquiabierto ante el presagio catastrofista de un político de derechas respecto de Cataluña.

—¿Admiras a alguien, Cándido?

La pregunta provoca dos reacciones en el propietario del bar. Sorpresa, por una parte, y preocupación, por otra, al entender que según lo que responda la conversación puede alargarse más de la cuenta.

—A los que madrugan —responde sin dejar de apartar la mirada de la enorme pantalla.

Panco asiente satisfecho. Hace tiempo que él no admira a nadie. Las guerras que ha cubierto como corresponsal se han ocupado de que así sea. De hecho, el esperado correo electrónico de Ringo Starr obedece a un viejo proyecto con el que pretende apartarse definitivamente de las zonas de conflicto, esos recovecos del mundo donde ya nada volverá a ser lo mismo. Nombres de ciudades ignotas que tendrán su minuto de gloria en televisión, con toda seguridad, entre el anuncio de un nuevo embarazo en la Casa Real británica y el último fichaje del Fútbol Club Barcelona. La imagen del cuerpo sin vida de un niño abatido por un mortero ofrecida como el ingrediente de noticias tan vacías como las vidas de quienes las consumen.

—¿Te gustaría saber qué sentirá el último componente de los Beatles cuando sepa que solo queda él?

Cándido dirige el mando del televisor hacia la pantalla y silencia a esa pandilla de tertulianos sedientos de protagonismo que no saben escuchar. Sale de la barra arrastrando los pies y se sienta frente a su único cliente. A estas horas su cuerpo es un saco de cemento.

—Yo soy más de los Stones.

—Y yo que te hacía más de Frank Sinatra...



Cándido se ríe y muestra sus pequeños y desordenados dientes, tintados por el café, los años y la nicotina.

—Durante un tiempo llegué a pensar que eras escritor. De esos que malviven pero, al menos, se dedican a lo que quieren. Dime una cosa, Panco, ¿por qué te hiciste reportero de guerra?

—Te voy a decir una verdad que muy pocos saben —anuncia Panco, solemne, tras ingerir un trago de bourbon—. Por Tintín.

—¿Estás de coña?

Panco niega con seriedad. De pronto se recuerda a los diez años, leyendo ensimismado las aventuras de aquel imberbe de edad indeterminada que destilaba coraje e ingenio. Tintín, el héroe que viajaba alrededor del mundo y trataba de imponer orden dentro del caos. El joven que no pertenecía a ningún lugar y se convertía en un eterno extranjero de ciudades remotas y exóticas. Aquel muchacho con tupé sobre cuyos orígenes —incluyendo a sus padres— nada se sabía.

—Lo que Tintín nunca me dijo es que nadie pasa por las guerras impunemente.

—Qué cosas no habrás visto tú —deduce Cándido arrastrando las palabras al hablar—. ¿Qué me estabas diciendo de los Beatles?

Panco percibe la fatiga de su interlocutor y se pregunta si algo de lo que ha hecho en su vida le ha interesado realmente a alguien. Seguidamente palmea el hombro de Cándido, deja caer un billete de veinte euros sobre la mesa y, tras apurar el bourbon de un trago, se marcha sin decir nada más.

Al salir a la calle, nota que no solo el pavimento floreado de Barcelona se tambalea por el efecto del bourbon, sino que también lo hace su vida de un tiempo a

esta parte. La humedad que pulimenta los adoquines no tarda en calarlo hasta los huesos. Siempre ha creído que el frío de los Balcanes logró agazaparse en algún recoveco de sus entrañas y allí permanece. De vuelta a su casa, sintiéndose escoltado por una luna menguante, el cercano estruendo del camión de la basura le provoca un sobresalto. No es la primera vez que le ocurre. A menudo su indomable memoria asimila la virulencia de ciertos sonidos a aquellos tiempos. En esta ocasión llega a detenerse. Un fuerte pinchazo en el testículo que ya no tiene compañía esta vez al recuerdo. Un antiguo dolor que su cuerpo se empeña en no olvidar. Y aunque en medio de la avenida apenas hay una mujer con anorak que ha sacado a pasear a su perro salchicha, por un instante el periodista cree volver a ver el estallido del mortero que acabó con la vida del fotógrafo Daniel del Olmo en Sarajevo. La mujer del perro se aleja de Panco, le ha asustado que ese desconocido se haya detenido a escasos metros de ella y haya fijado la mirada en un horizonte que solo él ve. Le lleva un minuto reemprender el paso. La mirada sin vida de Daniel, la esquirla de metralla que le extirpó a él ese testículo ausente, el zumbido en el oído que acalló todos los gritos. Panco ahuyenta como puede esa recurrente escena hasta que finalmente se planta frente a su portal. Es al introducir las llaves en la cerradura cuando siente un leve atisbo de ansiedad. No sería la primera vez que la punzada del testículo extirpado le advierte de un peligro inminente. El ruido del viejo ascensor alerta a Eva Santos, su única vecina de rellano y amante intermitente.

—Ya me iba a dormir —dice la mujer con una voz afectada por el tabaco.

De cuerpo voluptuoso, como salida de una película

italiana de los años sesenta, luce una melena cuyas raíces precisan de tinte, aunque conserva intacta esa magnética mirada felina que tantas veces ha desarmado al periodista. Panco clava los ojos en el escote generoso que le ofrece Eva, y cuando esta se ajusta la bata de felpa —no sabe muy bien si a modo de castigo por las semanas que lleva ignorándola o como gesto inconsciente frente a esa mirada de deseo animal—, repara en que la mujer sostiene un paquete postal del tamaño de un libro. Es habitual que ella se haga cargo de los envíos que le llegan al periodista. Ahora, empujado por una veta de melancolía propiciada por la ingesta del bourbon, Panco siente que la desea como la primera vez. Da un paso hacia delante, pero Eva lo detiene con autoridad, con una mano sobre el pecho y un mohín de decepción. Esta noche no le interesa su mercenaria compañía. Ella le entrega el paquete con las manos vencidas y con prisa por quitarse de en medio. Panco se queda en el rellano con un sobre sin remitente franqueado en los Balcanes, aceptando tanto ese dolor eventual que asumen quienes no saben querer como la incertidumbre que toda carta del pasado acarrea. «El pasado, ese país que exige un visado imposible», solía decirle un viejo reportero de guerra que había perdido la vida en Sudán. Esta noche, él está dispuesto a falsificar ese visado con tal de evadirse unas horas de su presente.

Hundido en el sofá, coge el mando de la televisión y baja el volumen para que no moleste a la vecina. Escuchar las noticias de la CNN siempre le ha producido una sensación de bienestar próxima al rumor de un hogar verdadero. Erdogan amenaza a Europa con abrir las puertas a los refugiados si no dejan de recriminarle las acciones militares en territorio sirio. Panco aparta

su atención de las oscuras maniobras turcas y se detiene en el sello de correos que tiñe el sobre que sostiene. Se pone las gafas y confirma que procede de Pristina. Apenas pronuncia el nombre de la capital kosovar se pregunta si tal vez no sea la memoria la verdadera brújula de la vida. Quizá nunca deberíamos alejarnos de quienes no conseguimos olvidar. En su interior halla una fotografía junto a una nota manuscrita en inglés. La ferocidad de la instantánea le acelera el pulso y remueve la tela del tiempo para exigirle cuentas. Taibe Shala y él agarrados por la cintura, sonriendo a la cámara poco antes del año 2000. Ella con la cabeza ligeramente ladeada hacia él, que encierra en su sonrisa la desazón que conlleva vivir estancado en la bruma de una duda. Panco todavía conserva muy vivo el recuerdo de aquel instante. El pasado le acaba de lanzar un directo al hígado que lo mantiene aturdido. Para enfrentarse a esas palabras escritas necesita algo más, así que, resintiéndose de las articulaciones, se levanta de su maltrecho sofá y va en busca de la botella de bourbon. Agita despacio dos dedos del mejunje americano en un vaso y mira de soslayo la carta, que descansa sobre el sofá. Se pregunta qué habrá sucedido para que después de diecinueve años Taibe haya decidido romper su silencio. Intenta imaginar cómo ha sido su vida, de qué manera el paso de los años habrá moldeado su rostro. Taibe no tiene perfil en ninguna red social, lo ha comprobado con cierta frecuencia. Únicamente se pueden localizar en internet sus artículos en el *Kosovë Në Ditë*, el rotativo en el que lleva trabajando media vida, acompañados de una vieja foto. Al periodista no le cuesta adivinar cómo lo ha localizado. Todavía se avergüenza cuando lo recuerda. Era la primera noche tras la separación de Sonia y, acorralado por una infinita soledad,

envió un correo electrónico a la sede del diario kosovar. Un escueto mensaje en el que pedía que se informara a Taibe Shala de que aquella era su nueva dirección postal en España. Otro gesto cobarde a destiempo. Jamás obtuvo respuesta. Hasta hoy. Sin embargo, en cuanto repara en esa caligrafía pulcra y ceñida cae en la cuenta de que no es Taibe quien le ha escrito esa carta.

Nunca nos hemos mirado a los ojos ni escuchado nuestras voces. Para mí solo eres un rostro más de los que aparecen en las fotografías que mi madre esconde en cajas cubiertas de polvo y tristeza. Esas que pertenecen a un tiempo del que no quiere hablar. Mi nombre es Vjosa Shala, soy la única hija de Taibe. Tengo diecinueve años y mucho miedo. Hace dos días que mi madre ha desaparecido sin dejar rastro (probablemente algunos más cuando recibas esta carta). Poco antes de que lo hiciera me dijo que si le ocurría algo contactara contigo en esta dirección. Aunque en ese momento no entendí nada, le di mi palabra de que así lo haría. Jamás la había visto tan asustada. Pero sí me pidió que te exigiera que hicieras tu trabajo, que buscaras la verdad y se la contaras al mundo como solo tú sabes. Mi madre es la única familia que tengo. Dispongo de una pequeña cantidad de dinero con la que podría pagar tu pasaje y una semana en un hotel decente de Pristina. Decidas lo que decidas, te ruego que me des una respuesta. Te dejo anotado mi teléfono y mi mail. Si me ayudas te estaré eternamente agradecida.

Panco lee la carta una vez más. En esta ocasión lo hace de pie, junto a la ventana, sintiendo en su frente pálida el cristal helado. «Taibe ha desaparecido», logra articular con la voz estrangulada, mirando sin ver

hacia la desierta avenida Mistral, escuchando como el rumor discreto de la ciudad se ha quebrado ante el baile de los plataneros, azotados por un viento que ha dejado de ser manso. El cielo de Barcelona es un manto oscuro que no invita a tratar con la conciencia, y mucho menos a tomar ningún tipo de decisión. «Tiene una hija. ¿Con qué hombre habrá sido feliz?», se pregunta entre dudas posesivas. Y aunque el contenido de la carta le ha turbado el ánimo, el reportero de guerra lucha por combatir esos sentimientos contradictorios y centrarse finalmente en el dato objetivo y urgente, en el titular que lo inquieta y le duele: «Taibe Shala ha desaparecido».